

Traduciendo con Artur Lundkvist



Marina en una fiesta cuando el Nobel a Octavio Paz

La altura. Lo primero que me sorprendió fue la altura aquella vez que lo vi a la salida de un cine, en la calle Birger Jarlgatan, cuando mi acompañante me dijo: ¡Mira! Son Artur Lundkvist y María Wine.

Fue a principios de 1960. Lo había visto en fotos y en la televisión a raíz del terremoto de Agadir. Lo que me llamó la atención fue la altura. No había leído ni un libro suyo. Sólo algunos poemas en antologías.

El conocimiento personal me llegó a través de Finlandia. A principios de 1961 supe por la prensa que había llegado a Estocolmo un joven escritor, Jörn Donner, al que había conocido en Finlandia y con el que había congeniado, y lo invité a cenar a casa. Me preguntó si lo podía acompañar una amiga y le dije que sí, claro. Vino con una joven guapísima, Sun Axelsson, que años después se convertiría en una excelente novelista. Sun hablaba español y estaba leyendo pruebas de su traducción de Neruda. Me preguntó si podría ayudarla a revisar su

trabajo y le dije que contase conmigo en la medida de mis capacidades, a mi juicio bastante limitadas.

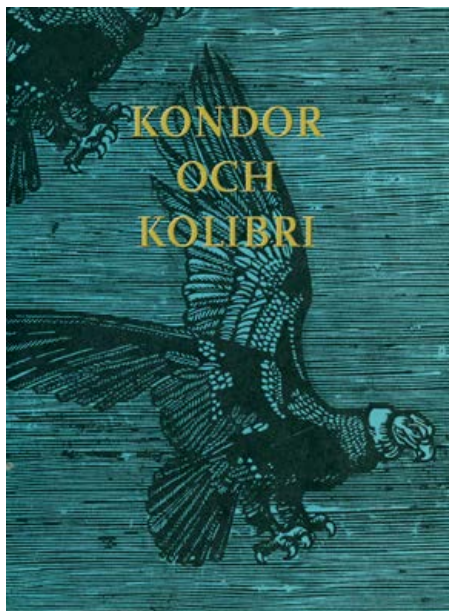
Terminado el trabajo que se publicó con el título de *Den mjuka orkanen*, Sun me preguntó si estaría interesado en colaborar con Artur Lundkvist al que ya le había hablado (seguro que demasiado bien) del “español que la había ayudado a revisar su traducción de Neruda”. Le dije que sí, inconscientemente que es uno, a mediados de 1961, probablemente pensando que sería una cosita breve como lo suyo.

Sun Axelsson me presentó a Artur y este, ya en el primer encuentro, me preguntó de sopetón si quería colaborar con él en una traducción de poesía latinoamericana. “No sé si podré” contesté. “Sun me lo ha recomendado”. Fui a su modesto piso en Sankt Eriksgatan, oscuro y espartano. Me explicó su proyecto. Era una antología de poesía latinoamericana con cinco autores —Cesar Vallejo, J. L. Borges, Vicente Huidobro, Carrera Andrade y Alberto Hidalgo— unas

40 páginas de cada uno. Poco tenía que ver con el “trabajico” de Sun, ahora se trataba de una amplia antología de poesía latinoamericana. Me dio un montón de libros. “Tenga, lea y llámeme para decirme si le gustan”.

La sencillez. Conversación “de igual a igual”. Jamás me hizo sentirme pequeño. Era un igual. A pesar de su grandeza. Eso es lo que me impresionó: su sencillez. “Esta es mi selección, pero incluya otros poemas si le gustan más...”

Animado por la confianza del gran escritor, los leí y le dije que sí. ¿Y ahora? me pregunté. Lo llamé por teléfono para darle el sí y pensar en el plan de reuniones, trabajos, etc. (Yo pensaba que íbamos a tener múltiples reuniones de trabajo). Pregunté ¿qué hago? Y me soltó: “Pues empiece a traducir...” “Me esforcé todo lo que pude... y lo que no pude. De ahí salí, en 1962, *Kondor och kolibri*, la primera gran antología (más de 200 págs.) de poesía latinoamericana en sueco. Y probablemente en los países nórdicos.



En ella conoció el que muchos años más tarde sería premio Nobel, Tomas Tranströmer, la poesía de César Vallejo que tanto le gustó.

La generosidad. El reconocimiento, a todas luces excesivo, de mi trabajo en el prólogo —increíble si pensamos en la habilidad que se tiene en este mundo para eliminar nombres de colaboradores— me descubrió esa generosidad sin alharacas, con naturalidad, que no sólo se mantuvo firme en el tiempo, sino que fue en aumento. “El abajo firmante es responsable de la selección y la forma final de los poemas de este libro. El trabajo principal de la traducción lo ha realizado mi colaborador español, Francisco J. Uriz”, escribió en las últimas líneas del prólogo.

Y seguí trabajando con él. Al año siguiente publicamos una extensa antología de Pablo Neruda. Trabajaba como un poseso, pero me sentía contento.

El método de trabajo era, y siguió siéndolo durante toda nuestra colaboración, muy simple. Me proponía la tarea, me daba los libros con su selección de poemas y libertad para añadir mis favoritos. Yo hacía la versión al sueco, con variantes en los pasajes ambiguos, se la daba y a los pocos días me llamaba, invariablemente con la frase: Jag har gjort mitt (He hecho lo mío), iba a recoger su versión, me la llevaba para cotejarla tranquilo, tomaba mis notas e iba a su casa para repararla juntos. Tozudos ambos, él zanjaba las discusiones con un tajante: Jag står för det (Respondo de

ello). Una vez terminada, la metía en un sobre y la mandaba a la editorial sin hacer copia— lo mismo que sus originales. Aún nos reuníamos una vez más para revisar las pruebas.

Un día, después de mucho trabajo —eran tiempos en los que no había Internet— encontré el nombre de un instrumento musical de épocas remotas, tal vez egipcio, y feliz por haber resuelto el problema puse una nota a pie de página para evitarle al lector mi peregrinaje. Y Lundkvist la quitó con una explicación definitiva: “Somos poetas, no educadores”.

Artur traducía mirando más al lector que al autor. Probablemente se sentía seguro de las traducciones literales que yo le daba y de lo que se preocupaba era de que el resultado fuese poesía en sueco. Era quizá por su afán de transmitir literatura —lo mismo que cuando hacía reseñas. Tal vez todos los grandes escritores que traducen tienen esa tendencia.

Me maravillaba su seguridad en las formulaciones suecas, su dominio del idioma, la facilidad con la que proponía variantes caso de no haber entendido mi traducción o de haberse ido demasiado lejos del original.

¡Incluso en la manera de leer el original era influyente! Me decía: ¿Cómo se va a meter este poeta arrastrándose por las galerías de la mina si es una mina a cielo abierto? O también: Nunca es así el color del ojo de un pez en la pescadería...

En su mesa de trabajo no había nunca un papel, sólo la máquina de escribir y sobre ella una carpeta con el trabajo que estaba haciendo. Metía siempre la hoja en blanco con una ligera cartulina detrás para no estropear el cilindro del carro con su potente teclado.

Un día nos propuso a Sun y a mí que tradujésemos una selección de cuentos de Borges, pero apenas empecé tuve que irme a un curso y el trabajo lo hizo Marina Torres, mi mujer.

En 1966 tradujimos una antología de poesía española *Vredgade vittnen* (*Testigos encolerizados*) con poemas de Dámaso Alonso, Blas de Otero, Jaime Gil de Biedma, etc. Hoy, mirando el

índice del libro, no me explico por qué no incluimos a Luis Rosales, poeta que nos gustaba a ambos, y que a Artur le caía muy bien personalmente. ¿Tal vez teníamos la idea de hacer una antología de su obra?

Lundkvist había traducido con Marina el largo poema de Miguel Ángel Asturias *Clarivigilia primaveral* que se publicó en 1967, unos meses antes de la discusión del Nobel de ese año. Y Anders Österling, entonces influyente miembro de la Academia, le dijo a Artur: “No sabía que Asturias era también un gran poeta”. En otoño de ese año, Asturias recibió el premio.

Es importante que la obra de los candidatos al Nobel esté traducida al sueco y Lundkvist sabía que sus traducciones de poesía influían, cuatro de los muchos poetas de literaturas hispánicas que vertió al sueco recibieron el premio Nobel, obviamente por su obra, pero se la conocía en sueco por las traducciones de Lundkvist.

Con Marina y conmigo hizo Lundkvist diez o doce traducciones: amplias antologías individuales de Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Octavio Paz, Jorge Luis Borges y M. A. Asturias. Antologías colectivas que incluían nombres como Vicente Huidobro, Cesar Vallejo, Carrera Andrade, García Lorca, Dámaso Alonso, Blas de Otero, Jaime Gil de Biedma, Gabriel Celaya, etc. Poemas en revistas de: Enrique Linh, Juan Gelmán, Ernesto Cardenal, Julio Cortázar, Roque Dalton, Rafael Alberti, Luis Cernuda, etc. Trozos de prosistas: Julio Cortázar, Ana María Matute, Fernando del Paso, etc.

Además, como para subrayar su interés por España, escribió sendos libros sobre Luis Buñuel y Goya.

Y con Marina tradujo dos de mis poemarios. No puso inconveniente alguno para hacerlo aunque mi poesía estaba en los antípodas de la suya. Una poesía que huía de las imágenes y era política frente a la suya: todo imágenes y ajada de la política.

También tradujo cuatro piezas de teatro: dos de Lorca conmigo, y con Marina, una de Alberti y otra de Neruda.